

Errantes del mar.

La denominación de *cnidarios* es toda una presentación de los animales a los que se aplica. Significa *ortigas*.

Nada hace intuir ese latigazo desabrido; pero lo cierto es que los sinuosos tentáculos del cerianto prodigan descargas eléctricas; así paralizan las presas que le servirán de alimento.

Sin embargo, ante una gran amenaza, este pólipo sésil se refugia dentro de la columna, que lo fija al sustrato. Incluso puede abandonarla, y allá donde llegue tendrá que fabricar una nueva.

En realidad, no todos los cnidarios pican. En este grupo hay animales de diversos orígenes filogenéticos. Lo que tienen todos en común son algunas características morfológicas. Una de las más conspicuas es la simetría radial. Además, muchos de ellos son, al menos en alguna fase de su ciclo vital, pólipos.

Los tentáculos también son uno de los caracteres habituales de los cnidarios. En los corales y las gorgonias casi parecen pétalos de clavellinas, aunque cuando los pólipos están cerrados, las colonias tienen un aspecto pétreo, inerte.

Pero, de repente, se abren y se cierran como diminutas estrellas titilantes. Espasmos de vida; como dedos que pulsaran las cuerdas de una guitarra de agua. Ejecutantes de una sinfonía perfeccionada por la evolución y en la que también interpretan su melodía las partículas y el plancton que les servirán de alimento.

Ocho tentáculos indican una filiación inequívoca: octacoralarios, cnidarios antozoos; en su identidad está no dejar nunca de ser pólipos.

Por el contrario, los cnidarios escifozoos escapan de la inmovilidad. Las medusas son vagabundas. Unas veces a merced de las corrientes; otras, dueñas de su destino, al que se dirigen con movimientos convulsos pero certeros de la potente musculatura que configura la sombrilla.

El acalefo luminiscente suele tener un color rosado, como de bailarina inocente, que disimula la descarga que soltará al menor roce de los tentáculos; en ellos, los cnidoblastos —sensibles a la presión, se activan por el roce con otro organismo—; entonces se dispara un dardo cargado de sustancias urticantes. Si el animal que ha desencadenado el ataque es pequeño, quedará paralizado y la medusa cobrará su pieza; si es grande, el acalefo se habrá defendido de un predador y, quizá le dé tiempo a huir.

Esas sacudidas eléctricas que forman parte de su naturaleza les han valido a las medusas los nombres de *aguamalas*, también *malaguas*. Y hay quien las llama *aguavivas*, y aún, *lágrimas de mar*.

Quizá las lágrimas sean lo más parecido a estos animales, ya que el 95% de su materia es agua salada; y a pesar de esa simplicidad, son un derroche de formas y colores, unas veces dulces y otras estridentes.

Los peces que nadan enredados en los tentáculos limpian incansables los restos; a cambio, avanzan seguros entre los temblores ásperos de la medusa, sólida fortaleza marina, a pesar de la fragilidad de su naturaleza acuosa.

El mar está lleno de escalofríos, escribió Gómez de la Serna: debía de estar mirando una medusa.

Pero también sugieren hermosas danzas; movimientos rítmicos y suaves revoloteos de la sombrilla. Una sensación que se revela falsa cuando en enjambres se acercan a las playas, ese territorio que los humanos creen suyo.

Las medusas, ajenas a otras voluntades, siguen deambulando por el mar: su lugar y la materia de la que están hechas. Sin agua y sal son una gelatina que se escurre entre los dedos y se evapora. Pero mientras permanezcan en el agua, vagarán errantes, temblorosas, etéreas y urticantes. Así son las lágrimas cuando están hechas de mar.